

# Transición energética corporativa

El triángulo sudamericano del litio como caso testigo<sup>1</sup>

*Maristella Svampa*

## Introducción

Llamamos *transición energética* al pasaje de una concepción de la energía como *commodity*, de matriz fósil, agotable y con graves impactos sobre el ambiente, privada y concentrada, a otra que la conciba como *bien común*, renovable y sustentable en sentido pleno, común y descentralizada. No se trata entonces solo de descarbonizar el modelo energético, sino también de transformar el modelo productivo y de modo más general, el sistema de relaciones sociales y el vínculo con la Naturaleza. Para ello es necesario abandonar las concepciones sectoriales y desarrollar una visión más holística, lo cual significa también que la transición energética debe ser pensada al interior de la transición socioecológica. Una transición energética que no se inscriba en una visión integral, que no se ocupe de la

<sup>1</sup> Este artículo expresa ideas desarrolladas en un libro de investigación colectiva, del Grupo de Estudios Críticos e Interdisciplinarios de la problemática energética [GECIPE], coordinado por Pablo Bertinat y la autora. Refleja y reproduce básicamente partes de los trabajos de Argento y Bertinat; Argento, Puente y Slipak y, por último, Svampa y Bertinat (ver Svampa y Bertinat, 2022).

radical desigualdad de la distribución de los recursos energéticos, que no propicie la desmercantilización y fortalezca las capacidades de resiliencia de la sociedad civil, solo abonará a una reforma parcial, sin modificar las causas estructurales del colapso socioecológico que estamos atravesando.

Ahora bien, resulta difícil encontrar en el contexto global rasgos de este tipo de transición sistémica. Las experiencias vinculadas a la transición energética están básicamente asociadas a las propuestas de cambio de fuentes energéticas, al desarrollo de renovables para reemplazar fuentes fósiles y nucleares, a una transformación de la matriz, que no incluye el sistema energético. Los actores hegemónicos ven en la transición energética un potencial de acumulación de riqueza y posicionamiento hegemónico geopolítico —con mecanismos de sustentabilidad débil, con una mirada corporativa—, que se podría denominar “universo del ambientalismo corporativo” (Bertinat et al., 2021) o la “narrativa capitalista-tecnocrática” (Svampa, 2018).

Como sostienen Bertinat y Argento, la transición energética corporativa, más allá de la esfera empresarial, puede tener adeptos diversos tales como empresas multinacionales, estados (en sus múltiples escalas), instituciones y organizaciones, que sostienen esta perspectiva como forma más rápida de responder a la urgencia de la crisis a partir de la premisa eficiencia tecnológica. Lo que importa es sostener nichos de mercado y garantizar la relación oferta / demanda por el creciente consumo, sin plantear que se alteren las lógicas mismas de ese consumo.

El objetivo, que se presenta como fin en sí mismo, es emitir menos gases de efecto invernadero y generar cierto respaldo geopolítico ante la creciente preocupación pública por el cambio climático. Esto se acopla con un proceso creciente de acumulación de riqueza y poder a través de las nuevas áreas de extracción, que apunta a mantener las relaciones de desigualdad existentes. Se trata, cuanto más, de garantizar el crecimiento ilimitado, pero solo para unos pocos. Esta concepción es hegemónica, capitalista y colonial en la medida en

que impulsa falsas soluciones ligadas a alternativas controversiales como la energía nuclear, el gas como “combustible puente” o de transición, las energías “extremas”, los agrocombustibles, entre otros.

En la transición energética corporativa, la mayoría de los elementos (artefactos, proyectos, normativas, investigación y desarrollo, etcétera) son controlados por, o funcionan en favor de, corporaciones transnacionales o potencias mundiales, complejizando los sistemas y la cotidianeidad bajo la excusa de la eficiencia, y limitando así la posibilidad de democratizar el uso de la energía y la tecnología. En este marco, juega un rol central el tema de la propiedad y el control de acceso a las fuentes energéticas, los materiales y las tecnologías necesarias. La concentración del sistema energético es una característica inherente a este. Grandes empresas, no solo privadas, sino en muchos casos públicas, detentan el poder hegemónico.

Los principales actores de la transición energética corporativa impulsan el desarrollo de las fuentes de energías renovables desde una concepción utilitaria y desde un formato industrial, imaginando que ellas podrían ser una alternativa a los límites planetarios de recursos en el marco de un modelo intensivo neoextractivista, en definitiva, dominado por una lógica fósil (González Reyes, 2018). Entienden que las fuentes energéticas no fósiles podrían sostener el sendero actual de crecimiento ilimitado. En algunos casos, también adquiere protagonismo la cuestión asociada a la eficiencia energética desde una perspectiva tecnocrática. Se percibe el potencial de cambio solo en la eficiencia tecnológica y, por lo tanto, de consumo, sin plantear que se alteren las lógicas mismas de ese consumo.

En América Latina, según un estudio reciente, los medios de comunicación ven la transición energética solo desde una perspectiva económica y de negocios. El dato surge después de examinar mil doscientos artículos de los principales medios de comunicación y fue elaborado por Climate Tracker (Andrés, 2022). Se señala también la escasa presencia de periodistas especializados en la cobertura regional de la transición energética. Además, el enfoque centrado en los negocios se impuso (en algunos países de manera abrumadora).

La principal fuente de información son los gobiernos nacionales junto a representantes de las empresas. Entre otros hallazgos, se destaca la ausencia de explicaciones científicas, líderes comunitarios y enfoques centrados en la ecología y la pobreza.

Así, la transición energética corporativa se asienta en la cuestionada idea del “desarrollo sustentable” y la “economía verde”, esto es, en continuar el camino del crecimiento ilimitado, intercambiando recursos fósiles por renovables y de alta tecnología, sin los modelos de consumo capitalistas, ni cuestionar la distribución o el acceso a la energía de las poblaciones o la participación ciudadana en los procesos de toma de decisión.

## **Transición corporativa y litio**

El litio es considerado como la llave maestra para la transición energética, rumbo a una sociedad posfósil. El litio es un mineral que tiene diferentes usos, modalidades y destinos. Uno de sus principales usos es en baterías para computadoras personales, celulares, reproductores de MP3 y productos afines. En tanto producto final, las baterías de Ion-Litio son almacenadoras de energía, y sirven para la elaboración de automóviles eléctricos. El litio también es empleado para obtener grasas lubricantes, vidrios, aluminio, polímeros y la industria farmacéutica, entre otros usos.

En la actualidad, el 39 % de lo demandado se destina a la producción de baterías, 30 % para cerámicos y vidrios, el 8 % a grasas y lubricantes, el 5 % a la metalurgia, el 5 % en polímeros, un 3 % para los tratamientos de aire y el restante 10 % en otros usos heterogéneos. Las proyecciones indican que para el año 2026 el 70 % del consumo de litio será destinado a baterías, el 15 % a cerámicos y vidrios y el 15 % restante a otros usos.<sup>2</sup> Asimismo, a nivel global, se advierte la

<sup>2</sup> Datos del Ministerio de Energía y Minería de la Argentina (2017), citado por Zicari et al., p. 62 (Ver Zicari et al., 2019).

expansión acelerada del mercado de los acumuladores eléctricos en base a litio, que supera el mercado de pilas y baterías y hace prever que los acumuladores, que permiten un nivel de reserva energética mayor, cambiarán los hábitos de consumo individuales e incluso ciudades enteras requerirán de aquellos, para la administración y distribución energética.

A nivel geopolítico la importancia del mercado del litio ilustra la nueva configuración del poder mundial. La necesidad de salir del paradigma del combustible fósil y la gravedad de la crisis climática generó una marcada competencia con relación al litio y la cadena de valor. Son pocos los países que controlan dicha cadena, esto es, los que pueden realizar el camino desde la extracción del mineral hasta la elaboración de la batería.

A comienzos de este siglo, Japón lideraba el mercado de pilas y baterías, seguido por Estados Unidos y varios países europeos. Firmas como Toyota buscan desde hace tiempo estar presentes en la cadena de valor. En ese entonces, China ocupaba una posición muy marginal (solo representaba el 1,46 % del total). Sin embargo, en un escenario cada vez más problemático y complejo, mientras que algunos líderes mundiales (USA, Australia, Brasil, entre otros) apuestan al negacionismo, China, hasta hace poco renuente a firmar el protocolo de Kioto, modificó su política y aparece cada vez más embarcada en la transición energética. Muestra de ello es que lidera el mercado global de autos eléctricos, con la empresa BYD, asentada en Shenzhen, superando incluso a la empresa californiana Tesla. Asimismo, no es casual que, en 2017, China pasó a ocupar el primer lugar como exportador mundial de batería de litio, quedando a la par de Estados Unidos y Singapur, seguido por Hong Kong. Japón retrocedió de manera vertiginosa y los países europeos quedaron prácticamente en la mitad de los valores de antes (Zicari et al., 2019, p. 62).

Estos debates sobre el rol del litio en la transición, que muestran el reposicionamiento de las potencias a nivel global, comienzan a tener impacto en Sudamérica, donde se encuentra el llamado “Triángulo del litio”, situado entre los Salares de Atacama, en el norte de